

REFLEXIONES

RÍOS SIN RETORNO

Benjamín Hernández Blázquez

Académico Correspondiente de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España

bhernand@estad.ucm.es

En los arrezafes de los páramos peninsulares, escaquearse ante la agresividad del sol juliano y agostí, es una actividad rayana en el umbral de la supervivencia; sobre todo cuando los efectos solares reverberan en barbechos y alijares. Nada mejor que acudir a los tamujales y mimbreras de los ríos y, tal vez pensar en el devenir de estas inveteradas corrientes de agua.

Ríos de la Hispania romana, resaltados en la denominada *Primera Crónica General*, ed. Menéndez Pidal, que este escritor extrajo de la *Alabanza* de san Isidoro, *De Laude Spanie*:

“Pues esta Espanna que dezimos tal es como el paraíso de Dios, ca riega se con cinco ríos cabdales que son, Ebro, Duero, Taio, Guadalquivil, Guadiana; e cada uno dellos tiene entre si et ell otro grandes montannas et tierras”.

Estos y otros ríos discurren por cauces de almenaras vacilantes, se podrían equiparar a los mentados “Ríos principales de España” aprendidos de memoria en las heroicas escuelas rurales. Se definían, “como corrientes de agua sobre la tierra que no se secan”, a diferencia de los arroyos. Su aprendizaje era repetitivo y tenía lugar al lado del *Catecismo* del padre Astete o el libro de lectura *Glorias Imperiales*.

Empero, no todos los ríos entregan sus aguas al mar, cambian según las circunstancias, como los íncolas o ciudadanos que perviven en sus riberas. Algunos van a otros ríos, y aguas que no llegan a paraje alguno, porque se volatilizan en su topografía, se secan y se agostan.

Secularmente, los ríos son como las arterias que diagonalizan el cuerpo geográfico de un país y nos conducen al túnel de su pasado histórico; son el imán de la memoria que ha cristalizado en la exuberante toponimia hispana. Así, una extensa gavilla de denominaciones porta este sobrenombre por los alfoces más diversos. En España, más de 350 municipios llevan el apelativo en sus señas de identidad; provincias como Zaragoza cuentan con 36 ayuntamientos y en Valladolid, un consistorio de cada ocho tiene en su “apellido” el vocablo

RIO; amén de la voz *wadi*, con distintas grafías, usada en el mundo arabófono que alcanza cerca de dos centenares de topónimos.

Su protagonismo es tan versátil como su repleta polisemia. Cuando son conductores de agua cristalina, libre de tarquín generan riqueza en las poblaciones y, resultan agradables para los sentidos; entonces emergen saturados de connotaciones emocionales. Los ríos de antaño ejercían una fascinación incommensurable cantando por almarchas y almunias entre ringleras de fresnos y barderas. Así los recuerdan quienes fueron adolescentes en una posguerra que no tenía fin. Y, en sus vacaciones estivales aprehendieron el turbio placer de tostarse los hirsutos cuerpos jalonados de gotas de agua y melancolía. Aconteció cuando estas zubias eran auténticas panaceas para tantos y tantos españoles, como las toscas bicicletas de no pocos veranos.

RELATOS. Tal vez ninguna creación de la naturaleza haya convocado la atención de tantos historiadores ensayistas y vates. El filósofo presocrático Heráclito equiparaba la utilidad del ser con un río, en el que no es posible bañarse dos veces, otorgando al cambio permanente la esencia de todo lo que es.

Siglos más tarde, en el Medievo español, el insigne poeta Jorge Manrique con sus *Coplas* proclamaba la ambivalencia en su itinerario de la vida hacia la muerte, o senda que conduce al mar, “que es el morir”.

Gabriel y Galán, escritor costumbrista como pocos, describe un personaje inmerso en la melancolía y el recuerdo del río de su infancia. Lucio Castro, su protagonista, “había nacido en una aldehuela ribereña, dulcemente ensordecida por un río que a veces bajaba iracundo y zumbador destrozándose en desgarrones espumantes”. Enamorado de los ríos, había recorrido medio mundo cantando estrofas resonantes de los cauces más singulares. Cuando regresa a su aldea, “fue para un adiós a las aguas de su eterno río, que ya no era el mismo”.

El Nobel de Literatura, García Márquez esboza en el recuerdo de su mítica *Macondo*: “cuando era una aldea construida a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedra pulida que purificaba su entorno”.

Sus extraordinarias vivencias no han sido ajenas al último Nobel, el húngaro László Krasznahorkai. En una de sus obras *“Al norte la montaña, al sur el Lago, al Oeste el camino, al Este el río”*, describe un viaje literario a Japón destacando la universal ideología y rastreando la belleza de lo cotidiano. Como telón de fondo, “un río bucólico, y un jardín armonioso de los más bellos del mundo”.

Con todo, las raíces de los ríos conducen mucho más lejos, a la protohistoria; cuando en plena mitología coincidían con los mortales de la Tierra y con las náyades inmortales que custodiaban manantiales y alfaguaras. Todos rendían pleitesía a Poseidon, lo mismo que las sirenas de aguas saladas. Su enjundia ha estado inveteradamente correlacionada con los mitos del pretérito que tienden a resaltar su carácter religioso.

Las civilizaciones más antiguas: china, india y egipcia nacieron y alcanzaron su apogeo en las orillas de los ríos y, por ello el Hoangho, el Ganges y el Nilo han sido venerados secularmente como divinidades. Como el Jordán, sagrado para las religiones de la Biblia y último obstáculo para llegar a la Tierra Prometida.

En el escenario griego, Jenofonte, historiador sin par, en el *Anábasis*, desarrolla su rol fluvial, determinante en la retirada de un gran ejército, que se movió bajo las coordenadas de los ríos. Cuando el epicentro de la aventura de los *Diez Mil*, los jefes griegos son aniquilados en una emboscada; entonces Jenofonte, un culto guerrero ateniense, asume el mando de la fracasada expedición y emprende el regreso hasta el umbral del mundo helénico. En este enigmático contexto, describe que vieron la maravilla del Tigris que les sirvió de orientación para encontrar provisiones, también de su gemelo el Éufrates, que les pareció sagrado, “porque era el padre de nuestra Tierra”, también vieron el gran río Océano “que circunda todo el orbe, más allá del cual nadie sabe lo que hay”.

En este histórico éxodo, que siglos después sirvió de guía a Alejandro Magno encontraron el río Fasis que corre raudo hacia su destino y allí vieron unas aves, “con un plumaje de esplendor increíble y carne exquisita que después denominaron faisanes”. Dos milenios después, Orellana bautizó al inmenso Amazonas basándose en las mujeres de la mitología griega que sus exploradores dijeron ver en sus inabarcables márgenes.

Como símbolo mixto y aglutinador de la fuerza creativa de la naturaleza y del transcurso del tiempo sin retorno, el río ha sido fuente de inspiración para guionistas y directores de cine. Ha servido de paradigma del valor, independencia, abnegación u otras virtudes que exhibe el hombre cuando la naturaleza le es hostil.

Pocos o ningún director dejó de tratar el mítico “western”, clásicas historias de exploración y asentamiento. Defendían que en la fundación de poblaciones convergían tres factores: una tribu nativa, el tren y un río. Este repleto libro de conquista desgrana en sus capítulos relatos que exhibían el doble lenguaje de las pistolas, ya para guardar la ley o para conculcarla. Varias decenas de títulos se identifican con el apelativo de *River*, los antológicos “tres ríos” con ágones extraordinarios como John Ford o Gary Cooper, entre otros muchos.

Y, ya más actual, pero igualmente referencia de este género, aparecen *Mystic River* y *Frozen River*, en los que Eastwood y Tarantino esbozan un profundo criterio sobre países y ciudades; asimismo el espíritu de los ríos está presente en las más famosas contiendas bélicas, que exhiben otros tantos títulos del celuloide; pocos como el inigualable *Puente sobre el río Kwai*, al juntarse con la extraordinaria simbología de *Puente*.

Antes, cuando llegaba la estación de las lluvias, ahora se presenta con nombres personales y lejos de ella, cada cauce se convierte en un torrente y cada torrente o alquezar agrega sus aguas en el río que crece y ruge rompiendo diques o azudes y anegando almunias y herrenes. Entonces arrasan todo cuando se opone a su paso: cultivos, personas y semovientes; alfaldas que engullen árboles y aperos de labranza; bibliotecas y hasta secretos de sacristía.

En este pretendido escenario, los ríos interpretan cabalmente el inveterado aforismo: “Dios perdona siempre, el hombre a veces, la naturaleza nunca”. Es la venganza del río sobre el ser humano. Cuando se rebelan les asiste la razón que íncolas y ciudadanos no prevén. En general, la curva de vida de estas corrientes de agua no es otra cosa que la crónica de un maltrato sin tregua: se han desviado sus cauces, quebrando sus meandros, envenenado sus acirates y riberas y alterando su naturaleza o esencia.

Si dentro de unas centurias, o menos, el agua es un bien escaso su simbiosis con las vivencias humanas serán otras.